

LOS BIANCOS DE ZURBARAN

Por JOSÉ MARÍA SANTA MARINA

De todos los artifices que florecieron en tiempos del rey Felipe IV, el más español fué sin duda Francisco de Zurbarán; español por la entraña de su natural, pintor de raza por la solera de su arte sin remodo, ni bastardeos con escuelas extrañas. Como los grandes conquistadores sus paisanos, todo lo ganó con tesonudo empeño labrando en el trabajo sus propias cualidades. De el majo pastorcillo que era en su niñez, creció un mozo hecho y derecho, parco en palabras, enérgico en las obras y diestro en zumbiar el acero cuando se terciaba tomarse la justicia por su mano.

Sin otra providencia que la buena voluntad del cura de su pueblo de Fuentes de Cantos, salió en derrotero a Sevilla, bullicio de oro e ingenio, de truhanería y braveza, ávido de enseñanzas y fortuna. Buscó acomodo en el obrador del pintor santero Pedro Díaz de Villanueva, entrando allí de aprendiz por tres años, previo un contrato en que se comprometía el maestro a enseñar al mozo extremo que a la sazón cantaba diez y seis años, su arte tal cual él lo sabía y practicaba, sin encubrir cosa alguna; para que de mejor voluntad le enseñase, se comprometía a pagarle diez y seis ducados; la primera mitad al presente y por adelantado y la segunda parte de otros ocho, al cumplido el primer año y medio siguiente. Como coletilla del escrito seguía la condición: que si el mozo Francisco de Zurbarán quisiese en el dicho tiempo de los dichos tres años trabajar los días de fiesta, todo lo que así ganase habría de ser para él.

Fué tan afanoso en el trabajo y tal su aprovechamiento en el taller de Pedro Díaz, que antes de caducar el plazo fijado en el año 1616, pintó con la venia del maestro, una Inmaculada Niña, deliciosa composición en que la doncella santísima se eleva por los aires al empuje de un pelotón de doce cabecitas angélicas, mientras otro grupo infantil, con otros tantos cofrades de cuerpo entero, con más gracia que indumento, entonaban a su modo la canción de despedida.

Las composiciones de Zurbarán no pierden nunca su aplomo. El perfilado es de conjunto arquitectónico, se desarrolla en derredor de un eje vertical ponderado y simétrico. De aquí nace el equilibrio en que reposan la actitud pausada de sus modelos y la concentrada expresión de sus rostros, no ha de turbar el revuelo del gesto.

Ejemplo evidente de este sensato modo de engendrar sus obras, es la maravilla del cuadro, heroísmo de sus pinceles y testimonio y espejo de humanidades extremas. «La Virgen de las Cuevas», que custodia el museo de Sevilla. La Reina de los Cielos se yergue como árbol de vida en la vertical céntrica del cuadro, extiende sus brazos a modo de dintel protector y sus levamanos se apoyan en sendos tonsurados craneos de dos cartujos que soportan su dulce peso con arrobamiento de enamorados y aplomo de dos filas de monjes arrodillados en adoración, trazan las archivotas del simbólico portal con sus cuerpos penitentes. Un reguero de místicas rosas y de florecillas silvestres dibuja la línea de tierra de esta espiritual perspectiva.

El colorido de su pintura sobrio y penetrante es luz de una paleta austera como su conciencia,—tierras, ocre, almágres, lapislázuli, albayalde y carmín—y haremos cuenta cabal de los simples con que este mago del pincel nos hace sentir el cromático gozo: destellos de oro y pedrería, vastas masas grises y sosedas, cálidos espacios profundísimos, sin caer en el negro opaco ni llegar al blanco frío. La maestría de Zurbarán culmina en sus blancos; las albas amplitudes de las estameñas frailunas de mercedarios y cartujos; los muros enjabelgados y lino de manteles del refectorio. Ningún otro pintor ha triunfado en tan dilatadas extensiones de luz, porque la magia da a «blancos» esta en que no son blancos. Existe el blanco en ellos como cimiento las masas, y reflejador de la luz coloreada por tenuas caricias de pincel de brillantes matices, que nos dan la ilusión de blancura con la refulgencia de su ardor.

CASA DEL SILENCIO

Al Rdo. P. José Montfort, S. J., agradeciéndole la ayuda prestada para encontrar a Dios.

LUCHA

Casa del Silencio. La voz de Dios resuena dulce, lejana pero profunda. Bello coro, lirios y margaritas, almas y ruiseñores, cielo y tierra y universo: Dios... Os lo dicen, demuestran claramente. Es la primavera...

...Si; y porque es la primavera la sangre se alborota, no le puede al silencio, lucha a brazo partido con Amor—sex appeal—Amor humano. Lirios y rosas, margaritas y ruiseñores: Amor. ¡Bello es amar cuando se ama puro! Y es primavera...

¿Y triunfa quién?... ¿Dios o el Amor?... ¡El Amor, sí;... pero de Dios!

VERDE PRIMAVERA

Ruiseñor y lluvia. Verde Primavera. El abeto es más alto, pero el lirio es más blanco. Yo soy también más alto, cuando niño era más blanco.

Verde Primavera. El jardín y el agua. Verde Primavera. Oración y salmos. Soledad del alma.

Medianoche y alba. Verde Primavera. Margaritas blancas, silenciosa estatua, lágrimas amargas. ¡Vive la esperanza al vivir el alba!...

Verde Primavera: Ruiseñor y lluvia, el jardín y el agua, medianoche y alba... ¡Verde Primavera ha entrado en mi alma!

PÁJAROS Y PECES

Casa del Silencio. La gris tristeza del cielo se refleja en los rostros que se adhieren al cristal de los amplios ventanales. Una sensación clara de lejanía invade los corazones. Lentas, monótonas, van cayendo las gotas de agua sobre la mojada tierra. Lentas y agonizantes—a tono con el paisaje van cayendo las campanadas de la vecina iglesia. Y se hace el silencio en los corazones. Purifica la lluvia, limpia el fondo de las almas...

Arriba, danzan las nubes como silenciosos fantasmas. Abajo, un viento frío y cortante acomete a la verde arboleda que mueve desesperadamente su follaje como queriendo defenderse de los furiosos ataques. Los chorros de agua del sur-

tidor se apartan de su trazado itinerario y se desvían hacia direcciones distintas, ametrallando las trémulas oscilaciones del estanque. La lluvia, fastidiosa e inoportuna a veces, es propensa ahora a la meditación. Ayuda a reconcentrarse en sí mismo. Y refresca al imponente ardor que se apodera del alma al deslumbrarse ésta con la poderosa luz de la Verdad.

Es nuevo día y empiezan a rasgarse las sábanas del cielo, primero en pequeños esguinces, luego ya, con profundas desgarraduras. Luce el sol, sol esplendente y deslumbrador, y el jardín se blanquea con la risa del nuevo día. Allí las blancas margaritas, deliciosamente agrupadas, simulan un paisaje nevado propio de las altas cumbres. Aquí, la palidez de los lirios nos produce la impresión de unos enfermos en su convalecencia. Y allí, pájaros y peces...

II

Pájaros: ruiseñores, pardales, almas, que vuelan de rama en rama, vuelan hacia lo alto, ansia noble. Horizonte, más y más, nuevo todo. Serenidad, cielo azul, azules sin límites. Claridad inefable que se presente, se ve, se hace forma, palpable, ¡al fin!... cosa cierta! ¡Realidad presunta, fin admirable! Elevado, noble, puro, el disparar el arco y volar arriba, alma sola. Silencio: Verde y Blanco.

Peces: No pueden huir del agua. Agua siempre, igual, sin forma. Vienen y van en cardumen. No hay la ilusión, el anhelo de ir, venir, uno sólo. El ansia de ascender, buscar, llegar a ver. Si; cuando ven — no, divisan solamente — pierden brío, alma, y bajan otra vez: agua siempre. Almas y Peces: agua la misma, siempre a ras del suelo, golpeando contra las piedras, removiendo la tierra del fondo, no aspirar aire puro, perfumado, cielo azul, Verde, Blanco. Silencio. Descubrí pero no sirve: agua siempre.

Agua siempre. Horizonte, más y más, nuevo todo. ¡Pájaro quiero ser! ¡Quiero volar alto, muy alto! Norma y fin: altura. Casa del Silencio. Pájaros y Peces.

J. CERVELLON

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

Rehabilitación del patriotismo

Primer principio unitivo. - Protesta y regeneración.

La unidad es el fin del Estado.

La unidad es la grandeza de la nación.

La unidad es la salud del pueblo.

Si bien lo miramos, el exponente de bienestar y grandeza de un Estado ha sido siempre el grado de unidad de sus componentes en lo territorial-político, en lo político-ideológico, en lo social, en lo religioso. Ni existe para otra cosa más principal el Estado que para labrar y mantener esa unidad, facilitando y aún obligando a la sociedad a extraer de la acción armónica de sus miembros el mayor bien posible para el mayor número posible.

Son ideas éstas vulgares, pero son las que más comúnmente se ignoran o desprecian por pedantería intelectual de los políticos que construyen sus triunfos con la ruina de todo lo que une y fomento porfiado de todo lo que separa.

Si fuese nuestro objeto desenvolver en estos trabajos ideas más o menos adquiridas en los tratados de ciencia política, o pretendiéramos componer uno nuevo, sería nuestro deber extendernos sobre el fundamental tema de la unidad en el Estado y por el Estado, cotejando doctrinas y manejando autores. Como no pretendemos hacer ciencia política, sino orientar a nuestra juventud nacionalista en forma al mismo tiempo acelerada y suficiente, hacemos aquí punto en la enunciación más que explicación del principio superior de nuestra religión política. La unidad.

Trabajando en la cantera mental de la unidad para extraer el ideario de la nueva política, surge como piedra angular del edificio en proyecto una afirmación que ha de colocarse en el lugar de mayor prestigio: la Patria. Este es el primero y mayor ideal unitivo.

Al nuevo movimiento le incumbe rehabilitar el patriotismo dotándole de contenido útil y de poder dinámico.

Nada tan decaído y falsificado como el patriotismo, en la sociedad dirigente anterior a la república masónica de hoy. Poco ha costado a ésta, sobre las ruinas, sin grandeza, de aquel conservadurismo vacío de ideales, aventar, con los lujos del escarnio, hasta los símbolos y nombres de todo lo que tradicionalmente quería decir Patria. Previamente se había vaciado de sentido a este alto nombre. Militaba contra el concepto vigoroso de la Patria una intelectualidad «europeizante» sometida sin pudor a las normas traidoras de la cultura enemiga. Y frente a esos traidores, anglesados, afrancesados, masones y judaizantes que hoy se relamen en las orgías de su siniestro triunfo, musitaba sus voces claudicantes una burguesía materializada, recostada a los pies de una aristocracia sin honor.

¿Qué nos han enseñado a nosotros, jóvenes amigos, de la Patria? ¿No es cierto que apenas ocupan en nuestro entendimiento el ancho lugar que a ella debe estar dedicado, absurdos preconceptos de la infancia? Quien más, quien menos, se figura a la Patria como un conjunto estampado de gritos, recuerdos y colores; mezcla insulsa de ecos de marcha, colores de bandera friamente sentida y uniformes de solsados del sesenta.

Apenas si las glorias antiguas vienen sirviendo a nuestros católicos y a escritores «de la buena prensa», para trazar unas lacónicas disertaciones, en que lo corriente es «descubrir» con alguna timidez nuestra grandeza histórica.

Se ha convenido tácitamente en que el ideal de la Patria es aquí una gloria de museo, posiblemente hermosa, pero inútil para vivir en la calle y saludar con sus enseñanzas al porvenir.

Generación del 98, «escuela y despensa», progreso frente a tradición, fábulas truculentas sobre la Inquisición, pacifismo a toda costa, «colonización interior», laicismo. Universidad afrancesada, Institución Libre de Enseñanza. He aquí los nombres de otros tantos tópicos y ambiciones modestitas, trajes hechos a la raquítica medida de los profesores de la anti-España. Todo eso es la mentalidad de nuestros papás, la claudicante mentalidad de una generación sin patriotismo, toda fracasada, toda muerta espiritualmente.

Nuestra revolución, camaradas de la Nueva España, debe erguir con denuevo un patriotismo robusto de fe y henchido de afirmaciones constructivas. Será como una protesta lo más airada y tenaz contra los inauditos crímenes anti-españoles del Estado antinacional; pero será también una revolución a fondo contra la páfida deserción de los «europeizantes» de todas las épocas y el cobarde consentimiento de la sociedad conservadora hundida en un positivismo sin alma.

Basta ya de incultas humillaciones ante el decadente prestigio de la civilización comercial extra-española. Basta ya de ser considerados como el arrabal pintoresco y disparatado de Europa, al que se brinda una protección envuelta en desprecio y al que se facturan todas las ideas y personajes indeseables para gozarse en el ridículo de nuestras piruetas imitatorias. Basta de calumnias mansamente tragadas y de lecciones malignas de pseudo-cultura.

La juventud nacionalista revolucionaria debe expulsar a los estómagos insaciables y a las gargantas huecas de tanto charlatán encumbrado, de los bastardos que han hecho su fortuna política sobre la ruina del patriotismo. Porque ellos representan y sirven sacrílegamente, desde los puestos superiores, el odio histórico de los enemigos y la práctica negación de la España libre.